CUESTIONES FUNDAMENTALES DE ANTRÓPOLOGÍA CULTURAL

FRANZ BOAS
Título del original inglés:
The Mind of Primitive Man
(The Macmillan Co., New York.)
Traducido directamente de la 3ª edición
corregida (abril, 1943) por
SeANA W. DE FERRIN
1ª edición castellana en esta serie: noviembre de 1964

La venta y distribución de este libro se hace por convenio especial entre
EDICIONES SOLAR y LIBRERÍA HACHETTE S.A.

Hecho el depósito que previene la ley 11.723.
Printed in Argentina - Impreso en la Argentina.
El problema racial en la sociedad moderna

Hasta la mañana de nuestro siglo, la opinión de que la raza determina la cultura había sido, en Europa al menos, más bien objeto de especulación de historiadores y sociólogos aficionados que un fundamento de la política y la opinión pública. Desde entonces se ha dilatado, entre el siglo dieciocho y el diecinueve, a nivel de un nuevo concepto de nacionalización, pero no por eso rechazando la explicación de la nación y el lenguaje como lo fue en la época siguiente. Sin embargo, el concepto de nación se debe al movimiento antirracista, y la suposición de que las características nacionales se deben al origen racial. Es particularmente interesante destacar que el movimiento anti-racista de Alemánía de 1880 no fue al judío como miembro de una raza extrana a quien se hizo objeto de ataques sino al judío que estaba asimilado a la vida nacional, poniendo de relieve que cada persona era caracterizada por la base de su origen. Las condiciones son enteramente aseveraciones, al principio del siglo, que se consideraban incompatibles y excluyentes, y que se atribuían al negro en el pasado, cuando se consideraba la incapacidad y la falta de iniciativa de todos los negros. Es un curioso espectáculo ver como los otros
bres de ciencia serios dondequiera gozan de plena libertad de expresión se han ido apartando de la teoría de que la raza determina el status mental, exceptuando empero a aquellos biólogos que carecen de toda apreciación de los factores sociales porque están cautivados por el aparente determinismo hereditario de las formas morfológicas, mientras en el público no informado, al que desgraciadamente pertenece buen número de poderosos políticos europeos, el prejuicio racial ha realizado y realiza aún progresos incontenidos. Creo que sería un error suponer que nosotros estamos libres de esta tendencia: aunque sólo fuera por las restricciones impuestas a miembros de ciertas razas limitando sus derechos a poseer bienes raíces, habitar ciertas casas de departamentos, pertenecer a clubes, visitar hoteles y lugares de veraneo, ingresar a escuelas y universidades, quedaría en evidencia al menos que no existe una disminución de los viejos prejuicios contra los negros, judíos, rusos, armenios u otras razas. La excusa de que estas exclusiones son impuestas por factores económicos, o por el temor de alejar de las escuelas y universidades a otros grupos sociales no es sino el mero reconocimiento de una actitud vastamente difundida.

Podría quizá repetir aquí en forma sumaria los errores que sustentan la teoría de que el origen racial determina la conducta mental y social. El término razas, aplicado a los tipos humanos, es vago. Puede tener una significación biológica sólo cuando una raza representa un grupo uniforme, sin mezcla alguna, en que todos los linajes familiares son semejantes —como en las razas puras de animales domésticos. Estas condiciones no se realizan nunca en los tipos humanos y son imposibles en grandes poblaciones. Las investigaciones de los rasgos morfológicos demuestran que las líneas genéticas extremas representadas en una de las llamadas poblaciones puras son tan diferentes, que si se las encontrara en distintas localidades se las consideraría como razas separadas, mientras que las formas medias son comunes a razas que habitan territorios adyacentes con excepción de la aparición de pequeños grupos que puedan haberse conservado sin mezcla por espacio de siglos. Si los defensores de las teorías raciales demuestran que una cier-

ta clase de conducta es hereditaria y desean explicar en esta forma que ella corresponde a un tipo racial, tendrían que probar que esa clase particular de conducta es característica de todas las líneas genéticas componentes de la raza, que no ocurren variaciones considerables en la conducta de las diferentes líneas genéticas que constituyen la raza. Esta prueba no ha sido ofrecida nunca y todos los hechos conocidos contradicen la posibilidad de una conducta uniforme de todos los individuos y líneas genéticas integrantes de la raza.

Además se olvida observar que los numerosos tipos constitucionales distintos que forman una raza no pueden ser considerados absolutamente permanentes, sino que las reacciones fisiológicas y psicológicas del cuerpo están en continuo fluir de acuerdo con las circunstancias exteriores e interiores en que se encuentra el organismo.

Por otra parte las variables reacciones del organismo no crean una cultura sino que reaccionan a ella. En virtud de las dificultades que involucra definir la personalidad y separar los elementos endógenos y exógenos que la forman, es tarea ardua medir el alcance de la variación de las personalidades biológicamente determinadas dentro de una raza. Los elementos endógenos sólo pueden ser aquellos determinados por la estructura y afinidad química del cuerpo, y éstas muestran una vasta proporción de variabilidad dentro de cada raza. No es posible afirmar que una raza sea de ningún modo idéntica a una personalidad.

Es fácil demostrar que la identificación de las características de un individuo con las supuestas características típicas del grupo al que pertenece implica una actitud mental primitiva muy generalizada. Ella se ha expresado siempre en la prohibición del matrimonio entre miembros de grupos diferentes y la sustitución de una impuesta diferencia biológica por otra de carácter sociológico. Un ejemplo característico lo ofrecen especialmente las leyes que prohíben el matrimonio entre miembros de diferentes sectas religiosas.

La variedad de tipos locales que se observan en Europa es el resultado de la mezcla de los diversos tipos más antiguos que vivieron en el continente. Toda vez que des-
conocemos las leyes según las cuales se entremezclaron es imposible reconstruir los primitivos tipos constitutivos más puros, si es que existieron (véase pág. 82). No podemos suponer a base de una baja variabilidad que un tipo sea puro, porque sabemos que algunos tipos mezclados son extraordinariamente uniformes. Así se ha demostrado respecto a los mulatos americanos, los indios dakotas, y es bastante probable acerca de la población ciudadana de Italia 1. No es tampoco seguro hasta qué punto los elementos exógenos pueden ser determinantes de tipos locales o de qué manera puede haber actuado la selección social sobre una población heterogénea. En resumen, no contamos con medio alguno para identificar un tipo puro. Debe recordarse que aunque por alianza sin mezcla de sangres en un pequeño grupo local los linajes familiares pueden llegar a parecerse, esto no prueba la pureza de tipo, porque es posible que las formas mismas de los antepasados fueran mezcladas.

Prescindiendo de estas consideraciones teóricas cabe preguntarse de qué clase de testimonios se dispone para sostener que exista alguna raza pura en Europa o, en cuanto a esto, en cualquier otro lugar del mundo. Los tipos nacionales europeos no son ciertamente de sangre pura. Basta mirar un mapa ilustrativo de los tipos raciales de cualquier país europeo, Italia, por ejemplo, para advertir que la divergencia local es el rasgo característico, la uniformidad de tipo es la excepción. Así el doctor Rodolfo Livi, en sus fundamentales investigaciones sobre la antropología de Italia ha demostrado que los tipos del extremo norte y los del extremo sur son completamente distintos; aquéllos altos, de cabeza corta, con una considerable proporción de individuos rubios y de ojos azules; éstos bajos, de cabeza alargada y extraordinariamente morenas. La transición de un tipo al otro es, en conjunto, muy gradual; pero, como islas solitarias, aparecen aquí y allá tipos distintos. La región de Lucca en Toscana, y el distrito de Nápoles son ejemplos de esta clase, que pueden explicarse como debidos a la supervivencia de un linaje más antiguo a la intru-

1 Herkövits, Sullivan, Boas 9, 11.

sión de nuevos tipos, o a una influencia peculiar del nuevo ambiente.

Los testimonios históricos están en completa conformidad con los resultados derivados de la investigación de la distribución de los tipos modernos. En la antigüedad encontramos en la península de Italia grupos de gentes heterogéneas cuyos parentescos lingüísticos en muchos casos permanecen oscuros hasta el momento actual. Desde los tiempos prehistóricos más remotos en adelante, vemos ola tras ola de pueblos distintos invadir a Italia desde el norte. En una época más antigua los griegos habitaron la mayor parte de Italia meridional, y la influencia fenicia se estableció firmemente en la costa oeste de la península. Existió un activo intercambio entre Italia y el Norte de África. Esclavos de sangre berberisca fueron importados y dejaron sus huellas. La trata de esclavos continuó introduciendo sangre nueva en el país hasta tiempos recientes y Livi cree poder descubrir el tipo de los esclavos de Crimea que fueron introducidos a fines de la Edad Media en la región de Venecia. En el curso de los siglos las migraciones de tribus celtas y teutónicas, las conquistas de los normandos, el contacto con África, han sumado su contribución a la mezcla de pueblos en la península itálica.

Los destinos de otras partes de Europa no fueron menos diversificados. La península ibérica que durante los últimos siglos ha sido una de las partes más aisladas de Europa ha tenido una historia variadísima. Los primeros habitantes de que tengamos conocimiento estaban presumiblemente emparentados con los vascos de los Pirineos. Estos estuvieron sometidos a influencias orientales en un período anterior a Micenas, a las conquistas púnicas, a las invasiones celtas, a la colonización romana, a las invasiones teutónicas, la conquista morisc a y más tarde al peculiar proceso selectivo que acompañó a la expansión de árabes y judíos.

Inglaterra no estuvo exenta de vicisitudes de esta índole. Parece admisible que en un período muy remoto el tipo que se halla ahora principalmente en Gales y en algunas partes de Irlanda, ocupaba la mayor parte de las islas. Fue vencido por olas sucesivas de migración celta, romana, an-
El autor (Franz Boas) explica que la historia de las migraciones de los dioses, las invasiones de los hunos, que en el corto intervalo de un siglo trasladaron su territorio desde los confines de la China al pleno centro de Europa, son otras tantas pruebas de los enormes cambios de población que tuvieron lugar en tiempos antiguos.

La colonización lenta también ha producido cambios fundamentales en la sangre así como en la difusión de lenguas y culturas. A causa de esto, lo que no ocurre la gradual germanización de la región al este del río Elba donde después de las migraciones norteamericanas, se habían establecido pueblos que hablaban lengua eslavas. La absorción gradual de las comunidades celtas y de las vasacas, la gran colonización romana en la antigüedad, y más tarde la conquista árabe de África del Norte, son ejemplos de procesos similares.

En tiempos remotos la mezcla no se limitaba en modo alguno a pueblos que, aunque de diverso idioma y cultura, eran de tipo regularmente uniforme. Por el contrario, los tipos más diversos del sur, este y este de Europa, para no mencionar los elementos que se volcaron en ella desde Asia y África, han sido partícipes en este largo proceso de mezcla. También se ha probado por medio de exámenes físicos y pruebas sanguíneas que el origen de los judíos es sumamente mezclado (Brutzkus).

En Europa la creencia en cualidades mentales hereditarias de los tipos humanos se expresa principalmente en la mutua valoración del tipo cultural de las naciones. En la Alemania de la hora actual el odio del gobierno por el judío es una recaída a las formas más crudas de estas creencias.

Toda vez que no hemos podido establecer diferencias orgánicas determinadas en las facultades mentales de distintas razas, a las que se pudiera atribuir alguna importancia en comparación con las diferencias halladas en las líneas genéticas que componen cada raza; comoquiera que hemos visto además que las pretendidas diferencias específicas entre las culturas de diferentes pueblos deben ser reducidas a cualidades mentales comunes a toda la humanidad, podemos concluir que no es preciso entrar en discusión de supuestas diferencias hereditarias en las características mentales de diversas ramas de la raza blanca. Muchos se han dado y escrito sobre el carácter hereditario del italiano, alemán, francés, irlandés, judío y gitano, pero me parece que no se ha realizado el menor intento fructuoso para establecer las causas de la conducta de un pueblo, aparte de las condiciones históricas y sociales; y considero improbable que tal cosa ocurra nunca. El examen imparcial de los hechos demuestra que la creencia en características raciales hereditarias y el celoso desvelo por la pureza de la raza se funda en la suposición de condiciones inexistentes. Desde remoto período no han existido razas puras en Europa y jamás ha se probado que la continua mezcla haya provocado deteriorización. Sería casi tan fácil sostener y probar mediante testimonios igualmente válidos —o más bien inválidos— que pueblos que no han conocido la mezcla de sangre extranjera carecieron de estímulo para su progreso cultural y se tornaron decadentes. La historia de España, o, fuera de Europa, la de las apartadas aldeas de Kentucky y Tennessee pueden señalarse como ejemplos característicos.

No es posible discutir los verdaderos efectos de la mezcla racial por medio de consideraciones históricas generales. Los parciales de la creencia —pues no es más que eso— de que los grupos de cabeza alargada pierden su superioridad física y mental por la mezcla con los de cabeza redonda, jamás han de satisfacerse con una evidencia de la improbabilidad e imposibilidad de demostrar sus creencias favoritas, pues la opinión contraria tampoco puede probarse por métodos rigidos. El verdadero curso de la mezcla racial en Europa no se conocerá nunca a ciencia cierta. Nadie sabemos respecto al número relativo y composición de los linajes mezclados y 'puros'; ni tampoco respecto a la historia de las familias mezcladas. Evidentemente no puede resolverse la cuestión sobre la base de datos históricos sino que es indispensable el estudio de material estrictamente comprobado que estableza los movimientos de población. Con todo eso no existe dentro de los hechos
históricos conocidos nada que sugiera que la conservación de la pureza racial asegura un alto desarrollo cultural; de otro modo debiéramos esperar hallar el más alto nivel de cultura en toda pequeña y aislada comunidad aldeana.

En los tiempos modernos las mezclas extensas entre diferentes nacionalidades, que impliquen la migración de grandes masas de un país a otro son raras en Europa. Ocurren cuando el rápido crecimiento de una industria en una localidad particular atrae trabajadores. Tal fue el origen de una gran comunidad polaca en el distrito industrial de Westfalia. El actual terrorismo político dirigido contra los opositores en Rusia, Italia, Alemania y otros países, y la persecución de los judíos en Alemania también ha conducido a migraciones, pero éstos son fenómenos menores si se los compara con la migración allende los mares desde Europa hasta América, Sudáfrica y Australia. El desarrollo de la nación americana como consecuencia de la amalgama de diversas nacionalidades europeas, la presencia de negros, indios, japoneses y chinos, y esa heterogeneidad siempre creciente de los elementos constitutivos de nuestro pueblo, envuelve un número de problemas cuya solución contribuyen con importantes datos nuestras investigaciones.

Nuestras anteriores consideraciones revelan con claridad el carácter hipotético de muchas de las teorías generalmente aceptadas, e indican que no todas las cuestiones implicadas pueden resolverse al presente con exactitud científica. Es lamentable que tengamos que adoptar esta actitud crítica, porque la cuestión política del tratamiento de todos estos grupos de personas es de grande e inmediata importancia. Empero, debería ser solucionado sobre la base del conocimiento científico y no de acuerdo al clamor emocional. En las condiciones actuales, parecería que se exige de nosotros la formulación de respuestas precisas a cuestiones que requieren la más concienzuda e imparcial investigación; y cuanto más urgente es la demanda de conclusiones definitivas, tanto más necesario es un examen crítico de los fenómenos y de los métodos de solución disponibles.

Recordemos en primer término los hechos que se relacionan con los orígenes de nuestra nación. Cuando los inmigrantes británicos arribaron a la costa del Atlántico en Norte América, encontraron un continente habilitado por indios. La población del país era escasa, y desapareció rápidamente ante la influencia de los europeos, más numerosos. El establecimiento de los holandeses en el Hudson, de los alemanes en Pensilvania, para no hablar de otras nacionalidades es un hecho muy familiar para todos nosotros. Sabemos que los cimientos de nuestro moderno estado fueron establecidos por los españoles en el sudeste y los franceses en la cuenca del Mississippi y en la región de los Grandes Lagos, pero que la inmigración británica superó con mucho en número la de otras nacionalidades. El elemento indígena no desempeñó nunca un papel importante en la composición de nuestro pueblo, excepto por breves períodos. En regiones donde durante mucho tiempo la colonización crecía exclusivamente gracias a la inmigración de hombres solteros de raza blanca, las familias de sangre mezclada tuvieron cierta importancia en el período de gradual desenvolvimiento, pero nunca llegaron a ser suficientemente numerosas en ninguna parte poblada de los Estados Unidos para que se las considere un elemento importante de nuestra población. Sin duda alguna, corresponde a la India por las venas de buen número de ciudadanos nuestros, pero la proporción es tan insignificante que puede no tenerse en cuenta.

Más importante ha sido la introducción del negro, cuyo número se ha multiplicado, de modo que forma ahora cerca de un décimo de nuestra población total.

Más reciente es el problema de la inmigración de personas de todas las nacionalidades, de Europa, Asia occidental y África del Norte. Mientras que hasta bien entrado la segunda mitad del siglo xix los inmigrantes eran casi exclusivamente nativos de pueblos del noroeste de Europa, de Gran Bretaña, Escandinavia, Alemania, Suiza, Holanda, Bélgica y Francia, la composición de las masas inmigrantes ha cambiado totalmente desde esa época. Italianos, poblaciones eslavas varias de Austria, Rumania y la península de los Balcanes, húngaros, rumanos, ucranianos del este de Europa, para no mencionar otras numerosas nacionalidades han arribado en número cada vez mayor.
Por un cierto espacio de tiempo, parece probable que la formación de una comunidad europea unida, con una rica mezcla de culturas, se haya producido. Sin embargo, en la actualidad, esta afirmación se encuentra en crisis. Los inmigrantes, que eran una parte importante de la sociedad europea, han comenzado a soñar con un futuro diferente, y eso ha llevado a cambios significativos en la sociedad en general.

En la sociedad actual, la situación de los inmigrantes ha mejorado en muchos aspectos, pero también han surgido nuevos desafíos. El aumento de la inmigración ha llevado a un aumento en la diversidad cultural, lo que ha llevado a una mayor tolerancia y comprensión entre las diferentes culturas. Sin embargo, también ha llevado a tensiones y conflictos, especialmente en aquellos lugares donde la inmigración ha sido más intensa.

La llegada de inmigrantes a Europa ha llevado a un aumento en la presión sobre los servicios públicos y la economía. Esto ha llevado a una mayor presión sobre las instituciones y a un aumento en la protesta y la discordia. Además, la inmigración también ha llevado a un aumento en la violencia y el crimen, lo que ha llevado a una mayor preocupación por la seguridad y la estabilidad.

En general, la inmigración ha sido un fenómeno complejo y multifacético, que ha tenido un impacto significativo en la sociedad europea. A medida que la situación cambia y evoluciona, es importante que se fomenten las formas pacíficas de integración y se promueva una mayor comprensión y tolerancia entre las diferentes culturas. Esto es esencial si queremos construir una sociedad más justa y equitativa para todos.
Si bien no estoy en condiciones de predecir cuál puede ser el efecto de la mezcla de tipos distintos, tengo confianza en que este importante problema puede resolverse si se lo aborda con suficiente energía y en escala suficientemente amplia. Una investigación de los datos antropológicos de personas de distintos tipos —tomando en cuenta las semejanzas y desemejanzas de padres e hijos, la rapidez y el resultado final del desarrollo físico y mental de los niños, su vitalidad, la fertilidad de los matrimonios de diferentes tipos y en diferentes estratos sociales— ha de proporcionarnos necesariamente la información que nos permita responder a estas importantes cuestiones definitiva y concluyentemente.

El resultado último de la mezcla de razas dependerá sin duda de la fertilidad de la actual población nativa y de los inmigrantes más recientes. Es natural que en las grandes ciudades donde las nacionalidades se separan en diversos barrios, se mantenga un alto grado de cohesión por algún tiempo; pero parece probable que los matrimonios mixtos entre descendientes de nacionalidades extranjeras aumenten rápidamente en las generaciones posteriores. Nuestra experiencia con americanos nacidos en Nueva York cuyos abuelos inmigraron al país es, que, en general, la mayoría de los rasgos sociales de sus antepasados han desaparecido, y que muchos ni siquiera saben a qué nacionalidad pertenecieron sus abuelos. Podría esperarse particularmente que en las comunidades occidentales, donde los cambios frecuentes de residencia son comunes, tendrán como resultado una rápida mezcla de los descendientes de varias nacionalidades. Esta investigación, que es muy factible proseguir en detalle, parece indispensable para lograr un claro concepto de la situación.

Durante la última década los estudios del problema de la población han hecho rápido avance. Nos referimos solamente al cuidadoso análisis de los problemas de la población realizado por Frank Lorimer y Frederic Osborn. Como consecuencia de los trabajos acumulados puede decirse que mientras los referidos problemas sean concebidos como problemas raciales en el sentido habitual de la palabra, poco progreso habrá de lograrse. El bienestar bioló-
gico de una nación depende más bien de la distribución de los tipos constitucionales hereditarios en clases sociales. Éstos no guardan una conexión insoluble con los tipos raciales. No se ha descubierto nunca una relación de tal índole que no pueda explicarse adecuadamente merced a condiciones históricas o sociológicas, y todos los rasgos de la personalidad que han sido investigados señalan invariablemente un alto grado de inflexibilidad en los representantes de un grupo racial, y una uniformidad mayor en un grupo mezclado sometido a presiones sociales similares.

En la hora actual las naciones europeas y sus descendientes en otras partes del globo se hallan presas de profundo temor ante una amenaza de degeneración. Es indudablemente importante combatir las tendencias patológicas estrictamente hereditarias y mejorar la salud de las personas por medios eugenésicos hasta donde sea posible; pero las complejas condiciones de la vida moderna deberían recibir la consideración adecuada.

Las estadísticas demuestran un aumento de los socialmente débiles, que se convierten en los asilados en hospicios de caridad, e instituciones para el cuidado de los dementes, los imbéciles, los afectados por enfermedades crónicas y los que llenan muchas cárcceles y penitenciarías. Vivimos en un período de rápido aumento en la diferenciación de nuestra población, esto es de creciente variabilidad. Esto acarrearía un aumento del número de los más débiles como también de los más fuertes, sin que signifique necesariamente una inferioridad del término medio. En muchos aspectos esto parece corresponder a las condiciones actuales. Los débiles pueden contarse, porque el Estado vela por ellos. Los fuertes no pueden ser contados. Su presencia se expresa en la mayor intensidad de nuestras vidas.

El propósito de la eugenesia, es decir, el perfeccionamiento de la salud constitucional, es altamente loable, pero estamos lejos de ver aún cómo puede lograrse. Ciertamente que no por la panacea de muchos eugenistas, la esterilización. La disminución en la frecuencia de las enfermedades hereditarias mediante la eliminación de los afectados por ellas es tan lenta, que su efecto no se haría sentir en muchas generaciones; y lo que es más importante: no sabemos con qué frecuencia las mismas condiciones pueden surgir como mutaciones hereditarias y si las condiciones desfavorables en que viven grandes masas humanas no resultan en tales mutaciones. La teoría de que las enfermedades hereditarias recesivas han aparecido únicamente una vez es insostenible a causa de sus infrecuencias. Nos llevaría a la conclusión de que somos los vístastos de un número de poblaciones enfermas casi sin un solo antepasado sano. La tarea más importante y más dificil al mismo tiempo de nuestros estudios es descubrir las circunstancias en que se originan las condiciones patológicas hereditarias.

El problema negro, tal como se presenta en los Estados Unidos, no es desde el punto de vista biológico esencialmente diferente de los que acabamos de discutir. Hemos visto que no era posible ofrecer prueba alguna de la inferioridad del tipo negro, excepto que parecía meramente posible que la raza no produzca quizás tantos hombres de genio extraordinario como otras razas, mientras que no encontramos ninguna prueba que pudiera interpretarse como índice de una diferencia material en la capacidad mental del grueso de la población negra comparada con el grueso de la población blanca. Han de existir indudablemente una cantidad infinita de hombres y mujeres negros capaces de sobrepasar a sus competidores blancos y que se desempeñan mejor que los anormales, a quienes permitimos asistir a nuestras escuelas públicas y convertirse en una rémora para los niños sanos.

La observación etnológica no favorece la opinión de que los rasgos observados entre nuestra población negra más pobre sean en ningún sentido racialmente determinados. El estudio de las tribus africanas nos ofrece logros culturales de orden nada insignificante. Para aquellos poco familiarizados con los productos del arte e industria africanos nativos, un paseo por uno de los grandes museos de Europa sería una revelación. Pocos de nuestros museos americanos han reunido colecciones que exhiban este asunto en forma digna de encomio. El herrero, el tallador en madera, el tejedor, el alfarrero — todos ellos producen ob-
jetos originales en su forma, ejecutados con gran cuidado, y que demuestran ese amor al trabajo e interés por el resultado de la labor aparentemente ausentes con harta frecuencia entre los negros de nuestro medio americano. No menos instructivos son los relatos de los viajeros, que describen el desarrollo de las aldeas nativas, del extenso comercio del país y de sus mercados. El poder de organización que revela el gobierno de los Estados nativos es de índole no despreciable, y cuando ha estado en manos de hombres de gran personalidad condujo a la fundación de vastos imperios. Todos los tipos de actividades diferentes que consideramos valiosas en los ciudadanos de nuestro país pueden hallarse en el África aborigen. Tampoco está ausente de ella la sabiduría del filósofo. Una ojeada a cualquiera de las colecciones de proverbios africanos publicadas demostrará la sencilla filosofía práctica del negro, que es a menudo prueba de sano sentir y pensar.

No es quizás la ocasión para extenderse sobre este tema, porque el punto esencial con que la antropología puede contribuir al estudio práctico de la adaptabilidad del negro es resolviendo la cuestión de en qué medida los rasgos indeseables, que en la actualidad se observan indudablemente en nuestra población negra, se deben a rasgos raciales, y hasta qué punto se deben a circunstancias sociales de las que nosotros somos responsables. A esta cuestión la antropología puede ofrecer la decidida respuesta de que los rasgos de la cultura africana, tal como se los observa en el país aborigen del negro, son los de un sano pueblo primitivo, con un considerable grado de iniciativa personal, con talento para la organización, con capacidad imaginativa, con destreza y desarrollo técnico. Tampoco está ausente de la raza el espíritu guerrero, como lo prueban los poderosos conquistadores que derribaron estados y fundaron nuevos imperios y el coraje de los ejércitos que responden al mandato de sus jefes.

Acaso sea oportuno declarar aquí una vez más con cierto énfasis que sería erróneo pretender que esté demostrado que no existen diferencias en la estructura mental de la raza negra tomada en conjunto y cualquier otra raza en su conjunto, y que sus actividades deberían seguir exacta-

mente las mismas líneas. Esto sería el resultado de la variable frecuencia de personalidades de diversos tipos. Puede ser que la forma corporal de la raza negra en general tienda a dar a sus actividades una dirección algo diferente de la de otras razas. No es posible responder aún a esta cuestión. No existe, sin embargo, testimonio alguno que estigmatice al negro como un ser de forma más débil, o sujeto a inclinaciones e infusos opuestos a nuestra organización social. Un cálculo imparcial de los testimonios antropológicos reunidos hasta ahora no nos permite sustentar la creencia en una inferioridad racial que inhabilita a un individuo de raza negra para participar en la civilización moderna. No sabemos de ninguna demanda exigida al cuerpo o a la mentalidad humana en la vida moderna, que según los testimonios antropológicos o etnológicos esté por encima de su capacidad.

Los rasgos del negro americano se explican en forma adecuada sobre la base de su historia y status social. La violenta separación del suelo africano y la consecuente pérdida absoluta de los viejos tipos de vida, que fueron reemplazados por la esclavitud con todo lo que ella entrañaba, seguida por un período de desorganización y de dura lucha económica en condiciones desiguales son suficientes para explicar la inferioridad del status de la raza, sin recurrir a la teoría de la inferioridad hereditaria.

En resumen, tenemos todos los motivos para creer que el negro, si se le concede oportunidad y facilidad, será perfectamente capaz de cumplir con los deberes de la ciudadanía tan bien como su vecino blanco.

La investigación antropológica del problema negro requiere, asimismo, algunas palabras acerca del 'instinto racial' de los blancos, que desempeña un papel importante en el aspecto práctico del problema. En su esencia este fenómeno es una repetición del viejo instinto y temor al cannubio entre patricios y plebeyos, entre la nobleza europea y la gente común en las castas de la India. Los sentimientos y raciocinios puestos en juego son los mismos en todo respecto. En nuestro caso concierne particularmente a la necesidad de mantener un status social distinto a fin de evitar la mezcla de razas. Como en los otros casos
mencionados, el llamado instinto no es una repugnancia fisiológica. Así lo prueba la existencia de nuestra gran población mulata, como también la más fácil amalgamación del negro con los pueblos latinos. Es más bien una expresión de condiciones sociales tan profundamente impregnadas en nosotros que asumen fuerte valor emocional; y es esto, supongo yo, lo que se quiere decir cuando llamamos instintivos a tales sentimientos. El sentimiento no tiene ciertamente nada que ver con la cuestión de la vitalidad y el talento del mulato.

Las cuestiones de la mezcla de razas y de la adaptabilidad del negro a nuestro ambiente plantean todavía un sinúmero de problemas importantes.

Creo que deberíamos avergonzarnos de tener que confesar que el estudio científico de estos temas no haya recibido nunca el apoyo del gobierno ni de ninguna de nuestras grandes instituciones científicas; y cuesta entender por qué somos tan indiferentes ante un asunto que es de importancia principalísima para el bienestar de nuestra nación. Las investigaciones de Melville J. Herskovits acerca del negro americano son un valioso comienzo; pero deberíamos saber mucho más. A pesar de las aseveraciones a menudo repetidas respecto a la inferioridad hereditaria del mulato, no sabemos casi nada respecto de este asunto. Si su vitalidad es menor que la del negro puro, quizá acaso ello se deba tanto a causas sociales como hereditarias. Herskovits ha señalado que contrariamente a las condiciones reinantes en la época de la esclavitud, la tendencia entre los mulatos es de que un hombre más claro se case con una mujer más oscura y que a consecuencia de ello, la población de color tiende a hacerse más oscura —condición indeseable, si creemos que una disminución en los contrastes violentos de los tipos raciales es conveniente, en cuanto contribuye a debilitar la conciencia de clases.

Nuestra tendencia a valorar al individuo según la imagen que nos formamos de la clase a que lo asignamos, aunque el pueblo no sienta ningún vínculo interior con dicha clase, es una supervivencia de formas primitivas del pensamiento. Las características de los miembros de la clase son altamente variables y el tipo que construimos con las características más frecuentes que se suponen inherentes a la clase no es en ningún caso más que una abstracción que casi nunca se realiza en un solo individuo, a menudo no es siquiera fruto de la observación sino una tradición frecuentemente oída que determina nuestro criterio.

La libertad de juicio sólo se alcanzará cuando aprendamos a apreciar a un individuo conforme a su propia capacidad y carácter. Entonces encontraríamos, de tener que seleccionar lo mejor de la humanidad, que todas las razas y todas las nacionalidades estarían representadas. Por lo tanto hemos de atesorar y cultivar la variedad de formas que han asumido el pensamiento y la actividad humanas y abominar, porque conducen a un completo estancamiento, de todas las tentativas de imponer un molde de pensamiento a naciones íntegras o aún al mundo entero.
Interpretaciones de la Cultura

Desde que el estudio de las culturas humanas fue reconocido como problema, se han hecho ensayos para interpretarlo como un fenómeno único, aun antes de que se hubiera recogido el suficiente material. Se consideró a la sociedad como un organismo y sus diversas funciones se explicaron del mismo modo que los órganos del cuerpo. Bajo la influencia del darwinismo sus cambiantes formas fueron interpretadas como la evolución de un organismo, siendo el pensamiento racional la fuerza motriz de su desarrollo. Las actividades mentales del hombre primitivo han sido comparadas a las de los niños y viceversa, de manera que se vio en el desarrollo de la mente del niño una recapitulación del desarrollo de la mente de la humanidad. Así pues, se cree que la mentalidad del niño, puede explicarnos la mentalidad primitiva. En tiempos recientes se comparó la mente primitiva con la de los dementes, como si las actividades mentales de personas perfectamente normales de culturas foráneas pudieran ser explicadas por los enfermos mentales de nuestra propia cultura.

Son más bien modernos los esfuerzos por entender la cultura primitiva como un fenómeno que requiere conociendo análisis antes de aceptar una teoría generalmente válida.
Sólo algunos de los puntos de vista a que nos acabamos de referir son pertinentes a nuestro problema. La sugerida analogía con un organismo no nos ayudará a aclarar la conducta del hombre primitivo. La analogía con la vida mental del niño es difícil de aplicar porque la cultura de la vida infantil en Europa y la vida del adulto en la sociedad primitiva no son comparables. Deberíamos al menos comparar al adulto primitivo con el niño de su propia cultura. Los niños de todas las razas ofrecen indudablemente analogías de desarrollo dependientes del desarrollo del cuerpo, y diferencias concordantes con las demandas exigidas por su gradual iniciación en la cultura en que viven.

La única cuestión que debemos resolver sería si una cultura tiene a desarrollar cualidades que otra descuida.

La comparación entre formas de psicosis y vida primitiva parece aún menos afortunada. La manifestación de las perturbaciones mentales depende necesariamente de la cultura en que vive la gente y debe ser de gran valor para el psiquiatra estudiar la expresión de formas de psicosis en diferentes culturas, pero el intento de parangonar formas de vida primitiva sana con las de perturbaciones en nuestra civilización no se basa en ninguna analogía tangible. La inaccesibilidad y comportamiento megalománico de los indios de la costa noreste no los lleva a conducirse como un megalomano, sino que su cultura probablemente da una forma particular a ese tipo de insanía. Especialmente la comparación que establece Freud [2] entre cultura primitiva y las interpretaciones psicoanalíticas de la conducta europea, parecen carecer de fundamento científico. Son, a mi entender, fantasías en que ni el aspecto de la vida primitiva ni el de la vida civilizada están sustentados por pruebas tangibles. El intento de concebir todo estado mental o acción como determinado por causas capaces de ser descubiertas, confunde los conceptos de causalidad y de posibilidad de predicción. Desde luego, cada suceso tiene una causa, pero las causas no tienen cohesión tal que representan un único hilo. Intervienen innumerables causas accidentales que no pueden predecirse y que tampoco pueden ser reconstruidas como determinantes del curso del pasado.

Debemos prestar una atención más minuciosa a los intentos que procuran seguir el desarrollo de la vida cultural desde formas primitivas a la civilización moderna, sea como una línea evolutiva única, o bien en un pequeño número de líneas separadas. Cabe preguntarse si absteniéndose de referirse a la raza, el tiempo y el espacio, sería posible reconocer una serie de etapas de cultura que representan para toda la humanidad una secuencia histórica, de modo que pudiera identificarse a algunas de ellas como tipos pertenecientes a un periodo antiguo y otras a periodos recientes.

Las investigaciones de Tylor, Bachofen, Morgan y Spencer fijaron la atención sobre los datos antropológicos como ilustrativos del gradual desarrollo y avance de la civilización. El progreso de este aspecto de la antropología fue estimado por la labor de Darwin y sus sucesores, y las ideas fundamentales pueden entenderse solamente como una aplicación de la teoría de la evolución biológica a los fenómenos mentales. El concepto de que las manifestaciones de la vida étnica representan una serie cronológica, que de comienzos simples progresó en una única línea hasta el complejo tipo de civilización actual fue el pensamiento básico de este aspecto de la ciencia antropológica.

Los argumentos en favor de esta teoría se fundan en las semejanzas de tipos de cultura observados en distintas razas del mundo entero, y en la frecuencia de costumbres peculiares en nuestra propia civilización que sólo pueden explicarse como supervivencias de otras antigüas que tenían un significado más profundo en un período lejano, y que aún se encuentran en pleno vigor entre los pueblos primitivos.

Un excelente ejemplo de la teoría general de la evolución de la civilización se halla en la teoría de desarrollo de la agricultura y de la domesticación de animales, tal como la reseña Otis T. Mason, W. J. McGee y Edward Hahn (1, 2). Estos autores señalan cómo en los comienzos de la vida social, animales, plantas y hombre vivían juntos en un medio ambiente común y cómo las condiciones de

1 Tylor, I, pág. 16.
vida provocaron que ciertas plantas se multiplicasen en la vecindad del campamento humano con exclusión de otras, y que ciertos animales fueron tolerados como acompañantes del campamento. A raíz de esta condición de tolerancia mutua y promoción de intereses mutuos, si se me permite usar este término, se desarrolló una asociación más estrecha entre plantas, animales y hombres, que finalmente condujo a los principios de la agricultura y a la actual domesticación de los animales.

La evolución del arte ha sido reconstruida mediante métodos similares. Toda vez que los primeros vestigios de arte representan animales y otros objetos, y a ellos siguen formas geométricas, se ha inferido que todos los motivos geométricos se desarrollaron de diseños representativos.

De manera análoga se dedujo que la religión es el resultado de la especulación respecto de la naturaleza.

El método esencial consistió en ordenar los fenómenos observados conforme a principios admitidos e interpretar esto como un orden cronológico.

Debemos tratar de entender más claramente lo que explica la teoría de un desarrollo cultural unilineal. Significa que diferentes grupos de hombres partieron en tiempos muy remotos de una condición general de carencia de cultura; y, debido a la unidad de la mente humana y a la consecuente respuesta similar a estímulos externos e internos, evolucionaron en todas partes aproximadamente de la misma manera, realizando inventos similares y desarrollando costumbres y creencias parecidas. También involucra una correlación entre el desarrollo industrial y el social, y por lo tanto una definida secuencia de invenciones así como de formas de organización y creencia.

A falta de datos históricos respecto a los primeros pasos del hombre primitivo en el mundo, tenemos sólo tres fuentes de evidencia histórica para esta suposición: los testimonios contenidos en la historia más antigua de los pueblos civilizados del Viejo Mundo, las supervivencias en la civilización moderna y la arqueología. La última de las mencionadas es la única vía por la cual podemos abordar el problema respecto a los pueblos que no tienen historia.
nológica está confirmada por la observación de que los
comienzos de la agricultura se basan generalmente en la
recolección de plantas silvestres; que si bien puede ocurrier
la recolección de plantas sin agricultura, la condición
opuesta se desconoce.
Las actividades de los hombres se relacionaron origina-
riamente con los animales. La transición de la caza a la
formación de rebaños no puede demostrarse con tanta fa-
cilidad como la de la recolección de plantas a la agricul-
tura. Sin embargo es verosímil al menos que la domesti-
cación de animales—que son casi exclusivamente anima-
les gregarios—está basada en la relación del cazador con
el rebaño salvaje. Tan pronto el cazador empezó a obte-
nen su alimento del mismo rebaño e impidió que se dis-
persara matando los animales que lo perseguían, se desa-
rrrollaron condiciones similares a las que se encuentran
entre los chukchee y koryak de Siberia. Como este caso
se refería también a una misma parte de la población, es
decir los hombres en la relación entre hombre y animal, es
posible un desarrollo continuo.
Estas consideraciones tienen a su favor los testimonios
arqueológicos. Si nuestra suposición es correcta, las plan-
tas cultivadas deben tener su origen en las plantas silve-
stres con que el hombre estaba familiarizado. Esta transi-
ción fue demostrada para las plantas nativas europeas. De
acuerdo con nuestra teoría deberíamos esperar frecuentes
cruzamientos entre formas silvestres y domesticadas. Se ha
visto que esto es verosímil respecto a las formas europeas
antiguas. Entre los animales domésticos pueden observar-
se condiciones similares en el renoc de Siberia y el perro
del esquimal.
Llegamos con esto a una cuestión de fundamental im-
portancia para la teoría de una evolución unilineal. ¿Cuál
es la relación cronológica entre la agricultura y la gana-
dería? Cuando abordamos esta cuestión desde el punto de
vista psicológico, surge la dificultad de que no tratamos con
un solo tipo de actividad realizada por el mismo grupo
sino que tenemos dos ocupaciones de distinta técnica y
practicadas por grupos diferentes. Las actividades condu-
centes a la domesticación de animales no tienen nada en
común con las que conducen al cultivo de las plantas. No
hay lazos que hagan admisible una conexión entre el desarro-
llo cronológico de estas dos ocupaciones. Falta ese lazo po-
que las personas implicadas no son las mismas y porque las
ocupaciones son completamente distintas. Desde el punto
de vista psicológico, no hay nada que nos ayude a establecer
una secuencia de tiempo para la agricultura y la ganadería.
Creo que este ejemplo ilustra una de las principales du-
das que surgen contra la aplicación sistemática y omni-
moda de una teoría de la evolución de la cultura. Los pasos
del desarrollo deben estar relacionados con un aspecto de
la cultura en que está implicado el mismo grupo de gu-
te y en que persista la misma clase de actividad. Una re-
lación constante entre aspectos de la cultura vagamente
relacionados o completamente inconexas es improbable
cuando son grandes las diferencias entre las actividades y
distintos grupos de individuos participan en las activida-
des involucradas. En todos estos casos los datos cronoló-
gicos deben basarse en otras fuentes.
La evidencia arqueológica es la única base de conclusio-
nes fidedignas. Aparte de ella, ciertas condiciones observa-
bles entre primitivos pueden servir de guía. Si es posible
demostar que algunas industrias aparecen exclusivamente
con relación a otras más simples y estas últimas solas, pero
nunca las primeras sin las más simples, parecería probable
que el tipo simple de trabajo sea el más antiguo. Si esto
no ocurriera con absoluta regularidad, pero al menos con
suficiente frecuencia, podríamos hablar de tendencias de
evolución reconocibles.
La distribución geográfica puede servir también de
ayuda, pues dondequiera existe una distribución continua
de industria es posible, aunque no necesario, que la más
vastamente extendida sea la más vieja. No es seguro que
este argumento pueda aplicarse fuera del dominio de la
técnica.
Cuanto más distintos son los fenómenos, tanto menor
será su correlación, de modo que finalmente, a pesar de
la tendencia al desarrollo histórico en fases únicas de cul-
tura, no se encuentra un esquema armonioso para la to-
talidad de la cultura que sea válido por doquier (Thomas).
FRANZ BOAS

Así, no se puede asegurar que todo pueblo altamente civilizado deha hacer pasado por todas las etapas de la evolución, lo que es posible deducir de la investigación de los diversos tipos de cultura que aparecen en el mundo.

Objeciones similares pueden hacerse a la validez general de la teoría del desarrollo de la familia. Se ha sostenido que la organización de la familia comenzó con relaciones irregulares y mudables entre los sexos, que más tarde la madre y los hijos formaron la unidad familiar que permaneció ligada a la de los padres, hermanos y hermanas de la madre, y que sólo mucho más adelante se desarrolló una forma en que el padre era el jefe de la familia, que quedaba adherida a sus padres, hermanos y hermanas. Si la evolución de la cultura hubiera procedido en una línea única las formas más simples de la familia estarían asociadas con los tipos más simples de cultura. Pero no ocurre siempre así, pues un estudio comparativo revela una distribución más irregular. Algunas tribus muy primitivas, como los esquimales y las tribus indígenas de las mesetas norooccidentales de Norteamérica, cuentan el parentesco bilateralmente por parte de padre o de madre; otras tribus de cultura altamente desarrollada, reconocen la línea materna solamente, mientras otras, cuya vida económica e industrial es de tipo más simple, reconocen la línea paterna (Swanton). Los datos son contradictorios y no nos permiten concluir que vida económica y organización familiar estén íntimamente relacionadas respecto a su forma interior.

Las consideraciones teóricas sugieren que las costumbres no se desarrollan necesariamente de una misma manera. La relación entre incesto y totemismo puede servirnos de ejemplo. Los grupos de incesto varían de acuerdo con el sistema de parentesco que prevalezca y de las ideas afines. Con frecuencia se cree que el grupo incestuoso está en relación íntima con algún animal, planta u otro objeto, su totem. En otros casos no existe tal relación. En la teoría antropológica se ha descrito al totemismo como una antigua etapa de la sociedad de la que posteriormente se desarrollaron nuevas formas. El concepto de incesto es tan universal que debe haber pertenecido al hombre antes de su dispersión, o bien se habrá desarrollado independiente-

mente en un período muy remoto. Dondequiera existe un grupo incestuoso es posible un desarrollo en dos direcciones: el grupo puede permanecer íntegro a pesar de su crecimiento numérico o dividirse en un número de grupos separados. Debe existir una unidad conceptual del grupo, de otro modo los subgrupos perderán la conciencia de su primitivo parentesco cuando se separen de otros subgrupos. La conceptualización puede producirse ya por denominación del grupo íntegro, ya por costumbres o funciones comunes reconocibles, o por medio de una nomenclatura de parentesco que diferenciará a los miembros de los no-miembros. Tal nomenclatura puede incluir un número muy considerable de individuos, porque mediante una referencia a algún intermediario conocido, hasta los miembros más distantes, pueden ser identificados. De esto se sigue que cuando no existe conceptualización de unidad, el totemismo de todo el grupo no puede desarrollarse. La única forma favorable al mismo es aquélla en que un grupo se caracteriza por un nombre o por costumbres comunes.

Si, como lo ilustra este ejemplo, es posible que de una fuente única se desarrollen costumbres diferentes, no tenemos derecho de suponer que todo pueblo que ha alcanzado un alto grado de evolución tenga que haber pasado por todas las etapas que se encuentran entre tribus de cultura primitiva.

Un repaso más serio aún surge de otra observación. La validez de la igualdad general de la evolución de la humanidad se basa en la hipótesis de que los mismos rasgos culturales deben haberse desarrollado siempre de las mismas causas únicas, y que una secuencia de pasos lógica o psicológica representa también una secuencia cronológica. Hemos señalado que en campos especiales, cuando grupos sociales idénticos desarrollan interrumpidamente ciertas actividades, quizá nos dé una razón para sostener esta teoría. No así cuando dichas condiciones no se cumplen. Así, pues, la deducción de que las instituciones maternas preceden a las paternas, a que me he referido antes,

2 Véanse págs. 179, 184.
se funda en la generalización de que puesto que en un número de casos las familias paternas se han desarrollado de las maternas, todas las familias paternas deben haberse desarrollado en la misma forma. No hay prueba demonstrativa de que la historia de la organización familiar esté gobernada por una serie única de condiciones específicas, de que la familia del hombre o de la mujer o cualquier otro grupo ejerciera una influencia dominante, ni de que haya alguna razón esencial para que un tipo deba haber precedido al otro. Por lo tanto, podemos lo mismo concluir que las familias paternas han dado origen en algunos casos a instituciones maternales, y en otros casos a la inversa.

En la misma forma se supone que al derivar muchas concepciones de la vida futura de sueños y alucinaciones, todas las ideas de este carácter tuvieron el mismo origen. Esto es verdad sólo si se puede demostrar que ninguna otra causa pudo conducir a las mismas ideas.

Veamos otro ejemplo. Se ha sostenido que entre los indios de Arizona, la alfarería se desarrolló de la fabricación de cestos, y ahí se dedujo que toda la alfarería debe por lo tanto ser posterior en el desenvolvimiento cultural de la humanidad a la fabricación de cestos. Es obvio que esta conclusión no es defendible, pues la alfarería puede desarrollarse de otras maneras.

En realidad, es posible citar buen número de ejemplos en que una evolución convergente partiendo de distintos comienzos, condujo a los mismos resultados. Me he referido antes al caso del arte primitivo, y he mencionado la teoría de que las formas geométricas se desarrollan de representaciones realistas, que conducen a través de un convencionalismo simbólico a motivos puramente estéticos. Si esto fuera cierto, una gran diversidad de objetos podrían haber dado lugar, de este modo, a los mismos motivos decorativos; así pues, el motivo sobreviviente no habría tenido el mismo origen realista. Pero lo que es más importante, motivos geométricos del mismo tipo se han desarrollado de la tendencia del artista a dominar su técnica como el virtuoso domina su instrumento; así la experta tejedora de cestas, al variar la disposición de su tejido llegó al desarrollo de dibujos geométricos de igual modo que los que se desarrollaron en otros lugares de representaciones realistas. Podemos dar todavía un paso más adelante y reconocer que las formas geométricas desarrolladas de la técnica sugerían formas animales, y fueron modificadas de modo que asumieron formas realistas; así pues, en el caso del arte decorativo las mismas formas pueden estar situadas tanto al principio de una serie de evolución como al final (Boas 15).

Una seria objeción al razonamiento de los que tratan de establecer líneas de evolución de culturas, reside en la frecuente falta de comparabilidad de los datos a que nos venimos refiriendo. La atención se dirige fundamentalmente a la semejanza de los fenómenos éticos, mientras se descuidan las variaciones individuales. En cuanto volvemos nuestra atención a éstas notamos que la igualdad de los fenómenos éticos es más superficial que esencial, más aparente que verdadera. Las semejanzas inesperadas atractaron nuestra atención al punto de no reparar en las diferencias. En el estudio de los rasgos físicos de distintos grupos sociales, se manifiesta una actitud mental inversa. Siendo evidente la semejanza de las principales facciones de la forma humana, nuestra atención se detiene en las menudas diferencias de estructura.

Es fácil hallar ejemplos de tal falta de comparabilidad. Al señalar que la vida después de la muerte es una idea que se desarrolla en la sociedad humana como una necesidad psicológica, estamos refiriéndonos a un grupo de datos sumamente complejos. Un pueblo cree que el alma sigue existiendo en la forma que la persona tenía en el momento de morir, sin ninguna posibilidad de cambio; otro que se reencarnará más tarde en un hijo de la misma familia; un tercero que las almas se introducen en el cuerpo de animales; y otros aún que continúan nuestros humanos empeños, esperando volver a nuestro mundo en un lejano porvenir. Los elementos emocionales y racionalistas que integran tan diversos conceptos son totalmente distintos; y percibimos que las varias formas de la idea de una vida futura llegaron a existir por procesos psicológicos que de ninguna manera son comparables. En un caso, la
semejanza entre niños y sus parientes desaparecidos, en otros el recuerdo del difunto como fue durante los últimos días de su vida, en otro más la honda nostalgia por el hijo o el padre querido, y así el mismo temor a la muerte pudo contribuir al desarrollo de la idea de la vida después de la muerte, unos en este mundo, otros en el más allá.

Otros ejemplo ha de corrobolar este punto de vista. Nos hemos referido ya al "totemismo" -la forma de sociedad en que ciertos grupos sociales se consideran emparentados, de algún modo con determinadas especies de animales o un tipo de objetos. Esta es la definición del "totemismo" aceptada generalmente; pero yo estoy convencido de que en esta forma el fenómeno no es un problema único, sino que abarca los elementos psicológicos más diversos. En algunos casos el pueblo cree descender de animales cuya protección disfruta. En otros, un animal o algún otro objeto aparecióse a un antepasado del grupo social y prometió convertirse en su protector, y la amistad entre el animal y el antepasado fue luego transmitida a sus descendientes. En otros casos se cree que cierto grupo social de una tribu tiene el poder de asegurar por medios mágicos y con gran facilidad cierta clase de animales o de aumentar su número, y en esta forma se establece una relación sobrenatural. Se reconocerá que aquí también los fenómenos antropológicos que en su aparición exterior son semejantes, psicológicamente hablando son distintos por completo, y que en consecuencia no pueden deducirse de ellos leyes psicológicas que los abarquen a todos (Goldenweiser).

Otro ejemplo no está de más aquí. En un examen general de las normas morales observamos que paralelamente con el aumento de la civilización ocurre un cambio gradual en la valoración de las acciones. En el hombre primitivo, la vida humana tiene poco valor, y es sacrificada a la menor provocación. El grupo social entre cuyos miembros las obligaciones altruistas son valederas es pequeño; y fuera del grupo, cualquier acción que pueda tener como resultado ventajas personales no sólo está permitida, sino aprobada. Desde este punto de partida, en contraste en adelante una valoración cada vez mayor de la vida humana y aumento del grupo entre cuyos miem-

bros las obligaciones altruistas son valedoras. Las relaciones entre las naciones modernas demuestran que esta evolución no ha alcanzado aún su etapa final. Parecería, por lo tanto, que un estudio de la conciencia social en relación a delitos como el homicidio podría ser de interés psicológico y conducir a importantes resultados, esclareciendo el origen de los valores éticos. Desde el punto de vista etnológico el homicidio no puede ser considerado un fenómeno individual. La unidad se establece introduciendo nuestro concepto jurídico del crimen. Como acto, debe considerarse el asesinato como el resultado de una situación en que el respeto habitual por la vida humana es reemplazado por motivos más poderosos. Puede considerarsele una única, no sólo respecto de la reacción de la sociedad hacia el asesinato, la que se expresa en la venganza, el pago de una compensación o el castigo. La persona que asesina a un enemigo en venganza de agravios recibidos, el joven que mata a su padre antes de que se torne decrépito a fin de permitirle continuar una vida vigorosa en el mundo futuro, un padre que sacrifica a su hijo por el bien de su pueblo, todos ellos actúan movidos por motivos tan diferentes que psicológicamente no parece admisible una comparación de sus actos. Sería mucho más adecuado comparar el asesinato de un enemigo por venganza, con la destrucción de su propiedad con el mismo propósito, o comparar el sacrificio de un hijo en beneficio de la tribu con cualquier otra acción realizada a impulso de fuertes motivos altruistas, que basar nuestra comparación en el concepto común de homicidio (Westermack).

Estos pocos datos serán suficientes para demostrar que un mismo fenómeno étnico puede derivar de fuertes diferentes; y podemos inferir que cuanto más simple es el hecho observado, tanto más probable es que haya derivado aquí de una fuente, allá de otra. Si fundamos nuestro estudio en estas observaciones resulta evidente que podrían hacerse serios reparos a suponer la aparición de una secuencia general de etapas culturales en todas las razas humanas; debemos más bien reconocer la tendencia de diversas costumbres y creencias
a converger hacia formas similares, y una evolución de costumbres en direcciones divergentes. Para interpretar correctamente estas semejanzas de forma, es necesario investigar su desarrollo histórico; sólo cuando éste es idéntico en áreas diferentes, será admisible considerar estos fenómenos como equivalentes. Considerados desde este punto de vista los hechos de contacto cultural asumen una nueva importancia (véanse págs. 174-175).

La cultura fue también interpretada en otras formas. Los geógrafos tratan de explicar las formas de cultura como un resultado necesario del medio geográfico.

No es difícil ilustrar la enorme influencia del medio geográfico. Todas la vida económica del hombre está limitada por los recursos del país en que habita. La ubicación de las aldeas y su tamaño depende de la provisión de alimentos disponibles; la comunicación, de las carreteras o vías fluviales disponibles. Las influencias del medio en los límites territoriales de tribus y pueblos son evidentes; los cambios en la provisión de alimentos durante las distintas estaciones pueden determinar migraciones correspondientes. La variedad de viviendas que usan las tribus de diferentes áreas demuestra también su influencia. La casa de nieve del esquimal, la choza de cortezas del indio, las habitaciones en forma de cueva de las tribus del desierto, ilustran cómo de acuerdo con los materiales obtenibles, se consigue protegerse de la intemperie. La escasez de alimento puede determinar una vida nómade y la necesidad de transportar los enseres domésticos al hambre favorece el uso de recipientes de cuero y de cestas como sustitutos de la alfarería. Las formas especiales de los utensilios pueden modificarse por las condiciones geográficas. Así el arco compuesto de los esquimales, que está relacionado con formas asiáticas, adopta una forma peculiar debido a la falta de material largo y elástico para su fabricación. Hasta en las formas más complejas de la vida mental puede descubrirse la influencia del medio: en los mitos acerca de la naturaleza que explican la actividad de los volcanes o la presencia de curiosas formas terrestres, o en las creencias y costumbres relacionadas con la caracterización local de las estaciones.

Sin embargo, las condiciones geográficas tienen tan sólo el poder de modificar la cultura. Por sí mismas no son creadoras. Esto es más perceptible dondequiera que la naturaleza del país restrinja el desarrollo de la cultura. Una tribu que vive sin comercio exterior en un ambiente dado, está limitada a los recursos de su país natal. El esquimal no tiene casi alimentos vegetales; el polinesio que vive en un atolón no dispone de piedras ni cueros de grandes mamíferos; los pueblos del desierto no cuentan con ríos que les suministren pescado o les ofrezcan medios de comunicación. Estas evidentes limitaciones son a menudo de gran importancia.

Plantea otra cuestión saber si las condiciones exteriores son la causa inmediata de nuevos inventos. Podemos comprender que un suelo fértil induzca a un pueblo agrícola, cuyo número aumenta rápidamente, a mejorar la técnica de su agricultura, pero no que pueda ser la causa de la invención de la agricultura. Por rico en minerales que sea un país, ello no crea técnicas para la manipulación de los metales; y por rico que sea en animales susceptibles de domesticación no llegará al desarrollo de la ganadería si el pueblo no conoce el empleo de los animales domésticos.

Si sustivieramos que el medio geográfico es la única determinante que obra sobre una mentalidad supuestamente idéntica en todas las razas de la humanidad, deberíamos llegar a la conclusión de que el mismo medio produciría los mismos resultados culturales en todas partes. Sin embargo no es así, pues a menudo las formas de culturas de pueblos que viven en el mismo tipo de ambiente muestran marcadas diferencias. No necesita ilustrar esto comparando al poblador americano con el indio norteamericano, o las sucesivas razas de pueblos que vivieron en Inglaterra, y evolucionaron desde la Edad de Piedra hasta el inglés moderno. Quizá resultará útil, sin embargo, demostrar que entre las tribus primitivas el solo ambiente geográfico de ninguna manera determina el tipo de cultura. Pruebá de ello la ofrecen el modo de vida del esquimal pescador y cazador y el chukchee criador de renos (Bogoras, Boas 3): los hotemotes africanos, pastores y los
bosquimanos cazadores en su distribución más antigua y amplia (Schultze): el negro y el malayo de Asia sudoriental (Martin).

El ambiente siempre opera sobre una cultura preexistente, no sobre un grupo hipotético sin cultura. Por lo tanto es sólo importante en cuanto limita o favorece las actividades. Hasta puede demostrarse que antiguas costumbres, que pueden haber armonizado con cierto tipo de ambiente, tienden a sobrevivir en condiciones nuevas, donde representan más bien un obstáculo que una ventaja para un pueblo. Un ejemplo de este tipo, tomado de nuestra propia civilización, es nuestra incapacidad de utilizar tipos de alimentos para nosotros desconocidos que suelen hallarse en países recién colonizados. Otro ejemplo lo ofrece el chukchee criador de renos, que transporta en su vida de nómade una tienda de complicadísima estructura, del tipo de la antigua casa permanente de los pobladores costeros, y ofrece el más vivo contraste con la simplicidad y liviano peso de la tienda del esquimal. Aún entre los esquimales, que han logrado adaptarse tan maravillosamente bien a su medio geográfico, costumbres como el tabú respecto al uso promiscuo del caribú y la foca, impiden el total aprovechamiento de las oportunidades que el país ofrece.

Así parecería que el ambiente tiene un efecto importante sobre las costumbres y creencias del hombre, pero sólo en cuanto ayuda a determinar las formas especiales de las costumbres y creencias. Empiero éstas se basan primordialmente en condiciones culturales, que en si mismas se deben a otras causas.

En este punto, los estudiantes de antropogeografía que intentan explicar todo el desarrollo cultural sobre la base de condiciones ambientales geográficas suelen proclamar que estas mismas causas se fundan en condiciones más antiguas cuyo origen se debe a la presión del ambiente. Esta teoría es inadmisible, porque la investigación de cada característica cultural demuestra que la influencia del ambiente produce cierto grado de adaptación entre éste y la vida social, pero que no es posible una explicación completa de las condiciones prevalentes, basada tan sólo en la acción del ambiente. Debemos recordar que, por grande que sea la influencia que atribuimos al ambiente, ésta se hace activa sólo cuando se ejerce sobre la mentalidad; de modo que las características de la mente deben intervenir en las formas resultantes de actividad social. Se concibe tan poco que la vida mental pueda explicarse satisfactoriamente sólo por el medio, como que el medio pueda explicarse por la influencia del hombre sobre la naturaleza, que, como todos sabemos, provocó cambios en los cursos de aguas, destruyó bosques y modificó la fauna. En otras palabras, parece por completo arbitrario olvidar la parte que desempeñan los elementos psíquicos o sociales en la determinación de las formas de actividades y creencias que se presentan con gran frecuencia en todo el mundo.

La teoría del determinismo económico de la cultura no es más adecuada que la del determinismo geográfico. Es más atractiva porque la vida económica es una parte integral de la cultura y está íntimamente relacionada con todas sus fases, mientras que las condiciones geográficas constituyen siempre un elemento externo. Sin embargo, no hay razón para considerar las demás fases de la cultura como una superestructura levantada sobre una base económica, pues las condiciones económicas actúan siempre sobre una cultura preexistente y dependen de otros aspectos de la cultura. No es más justificable decir que la estructura social está determinada por las formas económicas que sostienen la inversa, pues una estructura social preexistente ha de influir en las condiciones económicas y en una ciudad jamás se ha observado un pueblo que no (a) horticultura y (b) no esté sujeto a condiciones econó- micas altas teoría de que las fuerzas económicas prevalecen otra manifestación de vida cultural y ejercicio, efusiones sobre un grupo sin ninguna otra base étnica es insostenible. La vida cultural sustituye de manera condicionada, y la economizaiza su estrictamente condicionada.

pobre es más a elementos culturales, abstracción
hecha de raza, ambiente y condiciones económicas, también puede explicarse como resultado de un desarrollo paralelo que se basa en la semejanza de la estructura psíquica del hombre en todo el mundo.

Bastían\(^4\) reconoce la gran importancia del medio geográfico en la modificación de los fenómenos étnicos análogos, pero no les atribuye poder creador. Según él, la identidad de las formas de pensamientos que se encuentran en regiones apartadas entre sí, sugiere la existencia de ciertos tipos de pensamientos definidos, cualquiera sea el medio en que viva el hombre y sus relaciones sociales. Estas formas fundamentales del pensamiento que se desarrollan con necesidad ineludible dondequiera viva el hombre" fueron denominadas por él 'ideas elementales'. Niega que sea posible descubrir las fuentes últimas de inventos, ideas, costumbres y creencias, que son de frecuencia universal. Pueden haber surgido de una variedad de fuentes, ser indígenas o importadas, pero están ahí. La mente humana está formada de tal modo que las produce espontáneamente, o las acepta siempre que les ofrecidas. El número de ideas elementales es limitado. En el pensamiento primitivo lo mismo que en las especulaciones de los filósofos las mismas ideas aparecen una y otra vez en la forma especial que les da el ambiente que expresan como 'ideas populares' (Völkergedanken).

Las ideas elementales le parecen entidades metafísicas. Cree improbable que un pensamiento ulterior pueda elucidar su origen, porque nosotros mismos estamos obligados a pensar en la forma de estas mismas ideas elementales.

En muchos casos una enunciación clara de la idea elemental nos da la razón psicológica de su existencia. Por ejemplo: la mera declaración de que el hombre\(^4\) no obre la bas. considera a los animales dotados de todas las proporciones del hombre muestra que la analogía entre muchas de sus cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición de que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cualidades del animal y las cualidades del hombre, a la suposición que todas las cuales
La relación del gen y el comportamiento

Los genes de acción recíproca, y no existe evidencia de que las diferencias en la vida mayormente de la cultura. Otros individuos, por ejemplo, pueden ser más impulsivos o menos responsables. Finalmente, la cultura puede influir en el curso de la vida emocional, donde la estructura de la familia, las prácticas educativas y los valores culturales desempeñan un papel importante.

Tipos individuales: la cultura existe siempre en la que se pueden presentar dos factores. El segundo es el grado de una raza en la que se investiga la variabilidad de la forma corporal de los individuos. Hemos demostrado que la variabilidad de los rasgos fisiformes puede ser reducida a un número reducido de factorización. Hemos observado que la variabilidad de los rasgos que dependen de la actividad cerebral, como la observación y la memoria, es mayor en cada unidad racial. La dificultad que tienen los rasgos genéticos no pueden ser reducidos a un tipo racional. Hemos tenido que reconocer la variabilidad de individuos nacidos en un rango de tipos humanos que difieren en modo que pueden ser determinados por la distribución de personalidad de las personas a lo largo del subida de los individuos. Algunos de estos individuos son altos, de cabeza alargada y nariz grande. Lo opuesto, la personalidad de los más bajo, de cabeza alargada y nariz pequeña, es más fácil de entender. El cambio de la personalidad del alineado de los tipos que tienen una personalidad entre los individuos con diferentes tipos de personalidad.